

CEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta; Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 55

AÑO XII

MADRID, DOMINGO 1.º DE JULIO DE 1906

NUM. 553



SE DESEA UN CABALLERO

D. SEGIS.—¡FHI! ¡CABALLERO, CABALLERO!
D. JUAN.—¿ES A MI?
D. SEGIS.—AL OTRO, A PÉREZ. ¡QUE SUBA!



ANUNCIOS INCOBRABLES



NERVIOPOSIBILINA

ADMIRABLE RECONSTITUYENTE. MARCA de FABRICA, PREMIADO en GRACIA Y JUSTICIA y en OTROS PUESTOS PREENMINENTES

La NERVIOPOSIBILINA constituye una bebida regeneradora liberal por excelencia, puesto que ella da á la economía moretista la cantidad de fósforo democrático asimilable y presupuestable que le hace falta para salvar su raquítico organismo.

La NERVIOPOSIBILINA está preparada sin ninguna transformación importante, puesto que ya estaba descontada antes de la muerte de Castelar, sin elevación de ideales ni de programa que pudiera destruir la delicada combinación de la política gris de Moret con las materias vegetativas monteristas; es la alimentación completa y el camelo indispensable para toda persona que crea que Moret resolverá el problema religioso y otros tan importantes como éste; así que se puede tomar sin interrupción, por lo menos, durante el verano, que luego Dios dirá.

DOSIS PARA ADULTOS: Tres cucharadas de las de sopa boba, una en cada comida

La NERVIOPOSIBILINA introducida en Gracia y Justicia y en otros estómagos, se combina muy bien á la albúmina y á la nómima y forma rápidamente Borbollonas, que facilitan la buena digestión y devuelven el sueño perdido, entonando á los antiguos posibilistas.

BLANCA DE NAVARRA (HOTEL)

5 PESETAS FRASCO, CON EL CASCO DE CELLERUELO

LO SABEN LOS PADRES

No hay yerno que muera de inanición por mal que se encuentre, si usa la *legítima* Nominita, pues los salva aun en la mayoría; brotan fuertes soldaduras, reaparece la baba que se les cae á los suegros, extingue la diarrea oratoria y accidente, robustece á los yernos y los desencanija. Existen cajas falsificadas, pero ninguna sorprende al público que no quiere entrar en caja. «Exigid la marca registrada *el busto de un Labastida en colores oro y azul*», dibujado en el centro de una fiscalía.—Caja, 3 pesetas.—Restituto Fernández, sobrino de su tío, las restituye francas de porte á todos los puntos.

Madrid. Últimos Sacramentos, 4, farmacia.

APRETURAS

+ercianas, cuartanas y cotidianas, por excesivas que sean, desaparecen con las *Píldoras Yernífugas de Fernández*. Se hacen por fanegas, pues son muchos los yernos que las consumen. Para evitar discusiones, exigir pintado en el centro de la subsecretaría *el busto de un Martín Rosales azul y blanco*. Cajas y encajes, de 3 á 6 pesetas. Se remiten á todos los... puntos suspensivos.—Madrid, en la misma farmacia.

Para Barcelona

Directamente, y sin escalas ni declaraciones, saldrá del último puerto villaverdista el vapor

COBIAN

admitiendo viajeros patriotas y mercancías descentralizadoras desde todas las regiones que deseen la descentralización de España.

CONSIGNATARIOS

Sres. ESTAN VERDES, HERMANOS

LAS LOMBRICES MONTERISTAS. Cuando se nota que un moretista se pone pálido y ojoso y empieza á enflaquecer, que rasca continuamente los pupitres, que tiene el distrito agitado, etc., es casi segura la presencia de lombrices monteristas. Para impedir estos graves accidentes, las credenciales de Moremt ofrecen el remedio á la vez más seguro y más fácil de tomar, pues el moretista las toma como si tomara un acta. Las Credenciales de Moremt nunca fallan en curar toda clase de lombrices constitucionales, y se venden en todos los Ministerios.

SOLUCION ALBA CON CACICATO DE SOSA

No soluciona las huelgas de panaderos, de zapateros, de metalúrgicos, etc... Despacho en Madrid, en el Gobierno civil de la provincia.
Depósito general, Valladolid.

JUEVES DE GEDEÓN



A mí, Calínez, me era muy simpático el último gobernador civil de Madrid.

—A mí también, Gedeón.

—No tenía grandes iniciativas, pero cumplía con su deber y era incapaz de prestar su apoyo a ningún asunto irregular.

—Lo mismo creo.

—Cayó por una desgracia que a cualquiera le puede ocurrir. Pero...

—Pero ¿qué?

—Que ha resucitado de una manera sumamente desagradable: como representante del *Cantinero* en la causa incoada por la estafa que éste al fin padeció. Tendría gracia que el que no pudo evitar, disponiendo de todo el cuerpo de policía, el terrible suceso de la calle Mayor, ahora, sin más ayuda que sus propias luces, descubriese a los estafadores del *Cantinero* y probara ce por be su participación en el delito.

—Entonces tendríamos que decir que el Sr. Ruiz Jiménez era como abogado un gran policía, pero no como gobernador.

—Y otras muchas cosas más diríamos, Calínez, si no se tratara de persona tan honorable y simpática, incapaz, como antes reconocí y todo el mundo afirma, de mezclarse en un asunto irregular; y sin embargo, abogado y representante legal de un sujeto de la índole del *Cantinero*.

—Hombre... el ejercicio de la profesión...

—Claro, el ejercicio de la profesión. Pero mira, Calínez, preferiría mil veces estar en la cárcel como Nakens, y por lo que éste hizo, a ser el abogado retribuido y voluntario de un individuo así. Yo estudié la carrera de Derecho, como todos los españoles que no quieren estudiar, y no puedes imaginarte, amigo mío, con qué alto desprecio miré siempre los Códigos y las leyes. Pues lo que era sólo una impresión de la juventud, a medida que voy teniendo años, se transforma en un juicio sólido y documentado contra eso que se llama Justicia, Foro, Ley, nombres augustos de cosas hartó pequeñas y deleznable. En fin, hablemos de la tontería del decreto de disolución, porque si nos metiéramos en ese otro terreno, hasta es posible que el *Cantinero*, lastimado en su caballerosidad, nos incoase un proceso y le diera la razón el juez. ¿Tú qué crees del cuento de la buena pipa?

—Déjame, por Dios, Gedeón, del cuento de la pipa de Moret. Cada vez que nombran delante de mí el tal decretito, se me ponen los nervios de punta y me dan ganas de cometer alguna atrocidad. Harto sé que los españoles hemos caído en una decadencia horrorosa; pero nunca creí que ésta fuera tan grande y absoluta. Todo un pueblo, señor, 18 millones de personas preocupándose, discutiendo durante más de un mes si habrá ó no habrá una cosa que la hay ó que no la hay; pero que no admite discusión ni razones en contra ó en pro. Siquiera en Bizancio discutían problemas metafísicos ó religiosos, algo en que cabe sostener ésta ó la otra opinión y equivocarse de diversos modos; pero ¿cómo es posible discutir un hecho que sólo depende de una voluntad? Todo él, lo del decreto, queda reducido a lo siguiente: ¿No lo hay? Faltó a la verdad Moret. ¿Aparece en la *Gaceta*? Se mintió a sí mismo Maura. Y no me vuelvas a hablar más de ello, Gedeón.

—Siento mucho decirte, Calínez, que tu no eres hombre del tiempo de D. Segis. Precisamente, el arte de gobierno de este informal estadista consiste en arrojar al público emocionantes efectismos y luces de bengala para que se entretenga y le permita a él contemplarse la nómina a su sabor. No me negarás que en el asunto de los Tratados de comercio ha estado verdaderamente sublime. ¡Con qué cara tan melancólica recibió a los periodistas para decirles que el Gobierno tenía las manos atadas y nada podía hacer en evitación de la terrible guerra de tarifas! Hasta se había pintado ojeras, y de vez en cuando sacaba una cebolla del bolsillo y se la llevaba distraídamente a los ojos. Claro que él sabía demasiado que ninguno de sus tristes augurios tenía fundamento racional; pero ¿y el efectazo? España, sobrecogida de horror; Moret, ojeroso; la ruina de la nación, próxima... Final del acto primero: en el público hay varias señoras desmayadas, y a un acomodador han tenido que llevarle a la Casa de Socorro. Entra Moret en su *camerino*, se borra las ojeras, tira la cebolla, se vuelca encima del pálido rostro un frasco de carmín. ¡Ah, la peluca de blondos rizos y la flor para el ojal! Ya está D. Segis preparado; pueden alzar el telón. Acto segundo: todo ha cambiado. Alemania acepta la segunda columna del Arancel, como base para tratar. Francia no tiene inconveniente en imitarla. Inglaterra se presta a lo mismo. Suiza se nos abre de par en par. Todo es júbilo hoy donde ayer era tristeza y llanto. Nuestra producción se ha salvado. Moret no tiene ojeras y ha echado pelo rubio. El presidente ríe. Amós se quita las pecas y se endereza las guías, última habilidad que resta a sus manos pecadoras. El mismo Celleruelo parece menos fúnebre y más guapo. No me digas, Calínez: gobernantes como Moret, no los disfrutaban en ningún otro país. Estos efectismos no se pagan con dinero. Podrá carecer de formalidad; pero a latiguillos, *flin-flanes* y *molinetes*, ¿quién le aventaja?

—Bueno, sí, le reconozco, puesto que tú lo quieres, todos esos méritos; ¿pero cuándo, querido Ge-

deon, vamos á estar gobernados los españoles de un modo algo serio?

—Yo no lo sé ni me importa; preguntaselo á Nido.

—Es que cada día saltan nuevas sorpresas, y francamente, tanto abusar del género teatral puede acarrear graves males. Tú no ignoras que Moret pensaba, apenas le dieran el decreto de disolución, hacernos laica la enseñanza.

—Sí, Calínez, completamente laica.

—Pues bien; ha empezado por cerrar tres escuelas laicas en el llano de Cartagena.

—Toma, y en cuanto posea efectivamente el decreto cerrará las de toda la península. ¡Si ese es el bello ideal de su supremo arte efectista!

—Vaya, pues no lo entiendo.

—Es que tú estás muy atrasado, Calínez. Moret no es para las inteligencias vulgares. Es un gobernante que gobierna al revés, en plena paradoja y en pos del efectismo. El disparate es su mejor resorte de gobierno.

—¿Pues sabes una cosa. Gedeón?

—¿Qué?

—Que si se le ocurre trabajar por el aumento de la población española, nos envía á todos á las inmediaciones del Dos de Mayo.

—¿Quién lo duda? ¡E iremos! ¡Si en nuestro país basta con que uno lo mande...! ¿Pero dónde te marchas con tanta prisa?

—Mira, Gedeón, en estos felices tiempos de liberalismo al revés, hay que tomar precauciones. Corro á presentarme á Carlos Chapa.



Cancionero gedeónico

¡Taf, taf, taf, taf...! Por lo visto
fué un asunto grave, urgente,
causa del viaje imprevisto
del amable presidente...

Cuando á La Granja marchaba
con un móvil, aún ignoto,
quién más quién menos, pensaba
«¿qué tripa se le habrá roto?»

Sólo la urgencia del móvil
la gente reconocía;
¡pues por algo en automóvil
don Segismundo salía!

¡Taf, taf...! Le vimos partir
corriendo á todo correr;
si nada nos dijo al ir,
nada nos dijo al volver...

Mas, aunque siempre correcto
le chafó un tanto el camino...
¡Llevaba mejor aspecto
cuando fué, que cuando vino!



De la aburrida existencia
para disipar el tedio
—ya que no nos entretiene
ni nos divierte el Gobierno,—
¡voived la vista á la «vista»
del millón del usurero...!
Ya nos ocupamos todos
de este caso pintoresco,

cuando, activos, lo contaron
los brillantes reporteros;
y ahora que empieza la causa
—como es justo, con su efecto—
reviven los comentarios,
y hasta hay quien los hace nuevos.
Desfilan los personajes
que en el ajo intervinieron,
y aunque sus vicios, sus faltas
y su historia reprobemos,
ni el más leve, nos inspira
la víctima, sentimiento...
¿Quién se siente conmovido,
quién puede hallar en su pecho
la fibra que se enternezca
delante del Cantinero?



Ya Febo, el dulce Febo nos caldea
trocando en surtidores nuestras frentes...
¡Quién se hurtara á sus rayos insistentes
cabe la santa sombra de la aldea...!

Madrid, achicharrado, se recrea
con sus cuatro paseos indecentes;
sale turbio el Lozoya por las fuentes
y hasta el pan se encarece y escasea.

¡Ya llegaron los goces del estío!
Bajo la estera se desliza el río,
buscando el agua por que está sediento...

Se reseca el programa democrático
y el tifus aparece—exantemático—
en su finca del Cerro del Pimiento.



¡Por nuestro bien se interesa
la brillante policía.
Trabaja, y no pasa día
sin darnos una sorpresa.

Ya es en la villa del oso,
ya en Barcelona ó Navarra
donde—sin ver que desbarra—
nos presenta un sospechoso.

Y aunque se ignore á estas fechas
la bondad de su destino...

¡da caza al verbo divino
solamente por sospechas!

Todos expuestos estamos
á una broma de mal gusto...

¡Y así resulta más justo
lo que todos sospechamos!

Esta novísima trama
puede que alguno celebre,
mas después de ida la liebre,
¿quién da palos en la cama?



De sí mismo en alabanza
Segis, aunque está en un potro,
piensa que triunfa y que avanza...
(A don Segis, como al otro,
le mantiene la esperanza.)



EL MUERTO TRADUCIDO

Las malas traducciones son, á juicio nuestro, más nocivas aún que las malas compañías, ¡y cuidado que entre las compañías españolas hay varias capaces de destrozarse los dramas de *Memento*.

Algunas casas editoriales de Barcelona tienen el



LA CUESTION ARANCELARIA

GEDEÓN. — D. SEGIS, ES INDISPENSABLE QUE ARREGLE USTED ESO DE LOS TRATADOS.
D. SEGIS. — YA SABE USTED QUE NO PUEDO. TENGO LAS MANOS ATADAS.
GEDEÓN. — ES VERDAD; PERO, ¿Y LOS PIES?

privilegio de infestar el mercado con sus traducciones de obras francesas, si bien ahora, esas casas y otras nos las pagarán todas juntas, gracias á la traducción que les enviamos de un virrey de Irlanda en la persona del Sr. Cobián, aquel villaverdista insigne que nos tocó la Marina.

Bueno; pues de todas las traducciones detestables que figuran en los catálogos de las casas aludidas, ni aun buscándola con candil, se elige una tan pésima, feroz y truculenta como la que tenemos al frente del Gobierno.

Sí, señores; Moret, el propio D. Segis, el hombre de los molinetes más sugestivos que se admiran en el tablado nacional, acaba de declararse traducción fiel de Waldeck-Rousseau, aquel eminente político francés que puso las peras á cuarto á las Ordenes monásticas acampadas en la República vecina, ¡y caramba si tendría que tasar peras!

Está dispuesto á entablar definitivas y rotundas negociaciones para resolver liberalmente, enérgicamente, brutalmente, si se quiere, lo del Concordato yendo á Roma por el camino más corto.

Naturalmente, hasta las propias obras de la casa Maucci se han echado á reír como un solo volumen mal traducido, al oír tal fanfarronada moretista.

¡Moret convertido en un Waldeck-Rousseau para España y *le Maroc!* Pero hombre, si D. Segis jamás ha hecho nada de Waldeck, y de Rousseau sólo tiene la manía de parecer rojo, siendo, en realidad, de color de panza de neo.

Claro es que, á pesar de todo, se nos antoja sumamente plausible la modestia de D. Segis.

¿Habrá alguien en Europa que no le crea el político más original de cuantos existen actualmente? Pues él se declara á sí mismo una simple traducción ó una traducción simple del fiado hombre público francés, y con tal de no parecerse á Montero Ríos, ese cadáver que ambula, se traduce de un muerto que yace con todo el esmero y la fidelidad posibles.

Ya los numerosos taquígrafos con quienes despacha á obscuras todas las mañanas, pues es sabido que para tener luz y taquígrafos se requiere abrir las Cortes, no le llaman Sr. Moret, sino M. Waldeck, y él les dicta cuantas tonterías se le ocurren, no en un castellano perverso, como hacía antaño, sino en un francés de la calle de Doña Blanca de Navarra, que parece la lengua de un carabinero español chupando los barrotes del puente internacional de Behovia.

Todo es gala en la Presidencia del Consejo desde que D. Segis adoptó modestamente su nueva encarnación traducida. Por aquellos amplios salones se respira un verdadero ambiente francés, con cierta escama del alegre subsecretario doméstico, el brillante señorito D. Natalio Rivas, asiduo concurrente de la cuarta de Apolo.

Los porteros, ordenanzas y ujieres responden en francés de las Vistillas á cuantas preguntas se les hacen, y el ascensor no funciona sin que le suelten un *¡par bleu!* al apretar el resorte.

Pero, en fin, no hay que alarmarse demasiado porque nuestro originalísimo hombre público se haya vertido espontáneamente al francés para hacernos el Waldeck-Rousseau en temporada de ferias.

Apostamos doble contra sencillo á que los neos, nuestros simpáticos ámos, no recibirán la menor ofensa

ni el más leve mal por la traducción moretista.

Antes al contrario, D. Segis no conservará religiosamente de su contra-figura el insigne estadista francés, más que el culto de la moneda nacional.

¡El sublime amor á los Luisés!



Camino de La Granja

(En el anden de la estación del Norte. San Martín pasea del brazo de Celleruelo.)

CELLERUELO.—Me parece que nos hemos anticipado. Todavía no ha venido nadie.

SAN MARTÍN.—No importa; los neófitos como nosotros es prudente que seamos los primeros.

CELLERUELO.—No, si yo aguardo con mucho gusto. ¡Ya ve usted, mucha más prisa me corría ser ministro, y, sin embargo, he tenido más paciencia que otros!

SAN MARTÍN.—Pues por mi parte, le confieso á usted que jamás creí que llegaría á serlo. Pero bien dice el refrán que á cada presidente le llega su San Martín.

CELLERUELO.—Vamos, que los enfermos están de enhorabuena.

SAN MARTÍN.—Encantados, figúrese usted, un hombre como yo, que después de tomar el pulso á la Instrucción pública, va y se lo toma á un cliente. Eso vale mucho.

CELLERUELO.—La verdad que ser ministro es delicioso. Excelencia por aquí, excelencia por allá, y no hace mucho, Celleruelo á secas. Yo me he alegrado, más que por otra cosa, para que se chinchén mis enemigos de Asturias, que decían que yo era un besugo.

SAN MARTÍN.—No haga usted caso. Yo que usted, me iba este verano por aquellos pueblos vestido de uniforme, para que sufriesen.

CELLERUELO.—Hay quien cree que es cosa muy fácil ser ministro. Pues á mí buen trabajito me costó. Doce ó catorce años de contemplar primero á Sagasta, luego á Montero, después á Moret; de decirles antes de salir del Congreso todas las tardes: ¿Se les ofrece á ustedes algo? ¿Tengo que venir mañana para hacer bulto en alguna votación? ¿Hay que llevar los niños al Retiro? ¿Les gusta á ustedes la sidra del Gaitero? ¡Caramba! ¡Si eso no es sacrificarse por la política, que venga Pidal y lo vea!

SAN MARTÍN.—Es verdad. A mí el nombramiento, en confianza, me ha trastornado. ¿No sabe usted lo que me ocurrió el otro día en el banquete de Querol?

CELLERUELO.—Lo ignoro.

SAN MARTÍN.—¡Ah, pues fué muy chusco! ¡Pero no diga usted una palabra por ahí; luego los periodistas me tomarían el pelo!

CELLERUELO.—Soy discreto como un pantano de nuestro amigo Gasset.

SAN MARTÍN.—Fuí al banquete de Querol, y como ya es sabido que los ministros y los que tallan ocupen la cabecera, yo, en clase de ministro de Instrucción pública, ocupé el lugar preferente. En cuanto vi el *champagne*, me puse lívido, porque prefiero hacer una operación, aunque me salga mal, que decir



NOTICIA DEL AERO-CLUB

EL AEROSTATO «COBIAN», INFLADO EN EL MINISTERIO DE MARINA, SE HA CAIDO
EN EL GOBIERNO CIVIL DE BARCELONA

cuatro palabras en público; pero, en fin, no tuve más remedio, ante la insistencia de los que me obligaron, y me levanté. «Señores—dije,—ayer se celebró en este local un banquete en honor de la ciencia médica, hoy celebramos otro en honor del arte, mañana nos congregaremos aquí para rendir homenaje á la jurisprudencia, etc.. etc.» Seguí con otras cuantas vulgaridades, y como los hombres de nuestra altura, aunque no tengamos nada que hacer, no debemos estar mucho tiempo en un sitio, pretexté ocupaciones perentorias é ineludibles, cogí el sombrero é hice *mutis*. Pero en el camino me acordé que nada había dicho del artista en cuyo honor se celebraba el banquete, y sacando una receta, que por fortuna no había puesto en circulación todavía, escribí lo siguiente al dorso: «Como tengo la cabeza loca con tantas cavilaciones, se me había olvidado lo más importante, brindar por Querol. ¡Viva Querol! Despáchese. Alejandro San Martín.» Le dí al lacayo la misiva, y con gran asombro de los comensales, se dió lectura al brindis póstumo.

CELLERUELO.—Muy ingenioso. Querol respiraría.

SAN MARTÍN.—Yo lo hice por la tradición.

CELLERUELO.—¡Bueno se hubiera puesto el artista tortosino si llega usted á faltar á la tradición!

SAN MARTÍN.—Y hablando de otra cosa. ¿Cuándo le dan á usted un banquete? ¡Yo ya me he estrenado!

CELLERUELO (con indiferencia).—Cualquier día. Eso se arregla en un periquete. Una tarde voy al Centro Asturiano, hablo con cuatro amigos, se nombra una Comisión, se compromete á unos cuantos, yo aparentemente me resisto, y lo demás, ya sabe usted, ello solo se hace.

SAN MARTÍN.—Aquí viene el presidente. Trae cara de pocos Aranceles.

CELLERUELO.—¡No ve usted que sobre él pesan los grandes problemas! ¡Qué clase de hombre!

(*Entra D. Segis en el andén, vestido con elegante traje de mañana y en la cabeza un flexible con varios bollos, como el programa liberal; detrás de él, Quiroga, el balletero de confianza, con una almohada de viaje para que en ella recline su augusta cabeza el presidente, de no preferir, como en otras ocasiones, el amoroso seno de D. Benigno. D. Benigno, además de la almohada, lleva un surtido abundante de fiambres posibilistas y unas almendras de Alcoy, obsequio de Canalejas; detrás de Quiroga, marchan Gasset, D. Amós, con las guías al aire libre, Concas y Luque, conversando animadamente.*)

(*Celleruelo y San Martín besan el anillo del presidente, y todos suben á un coche-salón, dispuesto para los consejeros por los otros consejeros.*)

D. SEGIS (entrando).—¡Gracias á Dios; aquí se respira y está uno tranquilo! Benigno, mira debajo de los asientos no se haya escondido algún pretendiente á gobernador.

QUIROGA.—¡Calla, Segis! ¡No me dejan vivir! ¡Como yo he tenido que tomar la determinación de meterme por las tardes en la portería del ministerio para que no me vean! ¡Y allí despacho los asuntos de tu departamento! ¿...Pero qué es eso, Segis...? ¡Al lado de la ventanilla! ¡De ninguna manera! Estás muy sudado y el aire te puede hacer mal. No puedo consentirlo.

D. SEGIS.—Se complace mi vista en la admiración del paisaje.

QUIROGA.—¡Qué paisaje! Nada, siéntate al lado de Concas; así, de espaldas á la máquina. En caso de accidente va uno más defendido.

D. SEGIS.—Como quieras, Benigno. ¡Si lo de los Aranceles lo pudiera arreglar también de espaldas á la máquina...!

(*El tren se pone en marcha. Concas abre su petaca y ofrece cigarros. Luque cambia su sombrero por una gorrilla de cuartel. Gasset mira con tristeza las yermas llanuras y los agostados rastroios. San Martín explica á Celleruelo cómo fué la última operación que hizo. Y D. Amós sorbe á ratitos bicarbonato.*)

GASSET (dolorido de la contemplación del paisaje).—¡Qué pena! ¡Yo no puedo ver esto con calma! ¡Qué abandono el de mis antecesores! ¡Qué pantano tan estupendo haría yo entre El Plantío y Las Matas! ¡Agua! ¡Agua!

QUIROGA (saca un botijito encarnado que lleva para el consumo particular del presidente y se le ofrece al ministro de Fomento).—¡No mame mucho, mi noble amigo! ¡A chorrito!

GASSET.—Más agua que yo necesitan esas infecundadas tierras que cruzamos.

LUQUE.—¡Moisés, fundador de la política hidráulica!

D. SEGIS.—Creo que no se quejarán ustedes de su presidente. Mejor que en la Presidencia, celebraremos en La Granja el Consejo. Y siempre se toma un poco el aire.

SAN MARTÍN.—¡Qué duda cabe! ¡Y hasta desde el punto de vista higiénico, tiene indiscutibles ventajas! Diga usted, querido D. Segis, ¿correrán hoy las fuentes?

D. SEGIS (haciendo un chistecito).—¡Por lo menos, en la comida sí!

QUIROGA (soltando una carcajada de adhesión).—¡De Cádiz, de Cádiz habías de ser!

SAN MARTÍN.—Porque yo recuerdo que una vez que me llamaron para una consulta en La Granja, no corrían.

D. AMÓS.—Aquí en Torrelodones, ¿no tendrán bicarbonato? ¡Cómo voy!

CELLERUELO.—Lo que corre por ahí es la especie de que no nos van á dar el decreto de disolución.

(*Don Segis y Quiroga cambian una señal de inteligencia.*)

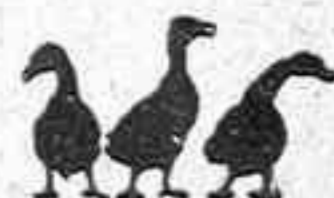
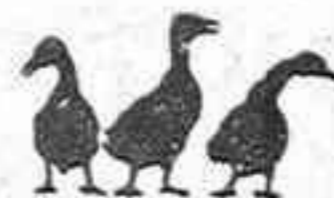
—CONCAS (á Moret, en inquietante pregunta).—Oiga usted, D. Segis, ¿con decreto ó sin él, corro yo algún peligro?

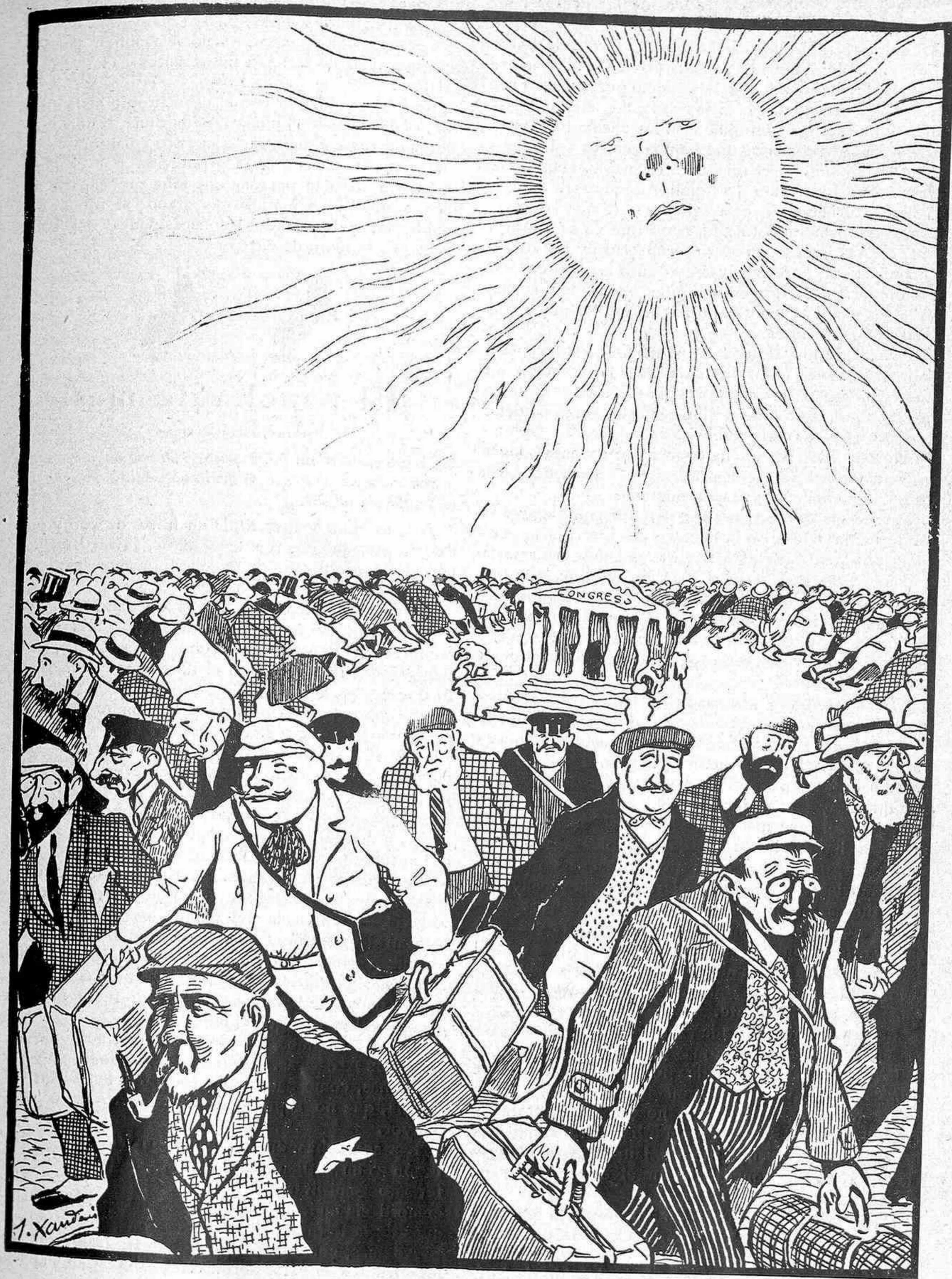
D. SEGIS.—Usted estará en el Ministerio hasta que arreglemos la Marina.

CONCAS.—Pues entonces, voy á encargarme otro uniforme.

(*El tren se detiene en Segovia. Los consejeros bajan del coche. Los amigos del Comité saludan á los viajeros, menos á San Martín y Celleruelo, que van de riguroso incógnito, pues nadie los conoce. San Martín, tomando del brazo á Celleruelo, se aparta del grupo y le dice:*

SAN MARTÍN.—Pues verá usted; una vez me avisaron desde Segovia para una operación... Entonces no pensaba en ser ministro... (Telón lento.)





UN COLABORADOR DE MORET

EL VERDADERO DECRETO DE DISOLUCIÓN

Después de la elección

Hemos recibido una carta, con membrete del Ateneo de Madrid, firmada por «Varios socios, amigos de Gedeón», felicitándonos por nuestro artículo «La Presidenta». Estos «socios», siendo también admiradores de doña Emilia, encuentran muy acertados los reparillos que hemos puesto á la elección de la eximia escritora para la presidencia de la Sección de Literatura de aquella docta casa.

Nada diríamos de esta felicitación, que agradeceríamos íntimamente, si no fuera porque ya es costumbre en la Prensa moderna reproducir las cartas encomiásticas, para fabricarse el auto-bombo correspondiente. No queremos, pues, ser menos que nuestros colegas contemporáneos y seguimos sus huellas gustosísimos.

Aparte de los elogios de nuestros comunicantes, sobre los cuales llamamos otra vez la atención de nuestros escasos favorecedores, la carta de referencia nos da algunas noticias de interés, que creemos debe conocer el respetable público.

Una de ellas no nos ha cogido de sorpresa, pues ya estuvimos á punto de predecirla y hasta de darla como un rumor en el pasado número.

Parece ser que varios amigos, para completar á la moderna la Mesa de la Sección de Literatura, presentaron como candidata para la segunda secretaría á una de las más íntimas amigas de doña Emilia, mujer célebre por su gran ingenio y por sus admirables ocurrencias, dignas de gloria y de eterna recordación. Por unos cuantos votos no salió triunfante la candidatura, sin que sus organizadores se expliquen todavía el fracaso.

Gedeón hubiera celebrado el triunfo de ésta su también amiga. Y si estuviese en su mano, procuraría otorgarla la primera secretaría por el gusto de conocer la correspondiente Memoria reglamentaria. ¿No creen ustedes que esta Memoria sería verdaderamente sustantífica y consoladora?

No nos parece mal del todo la del joven Candamo, que ha originado tan lamentables discusiones durante el pasado curso; mas entre esta Memoria y la Memoria de la candidata derrotada, la elección no sería dudosa, si nuestra memoria no nos hace traición; esto es, recordando las cosas de que creemos capaz á la distinguida socia.

Y no se enfade Candamo con nosotros. En este caso, Gedeón parodia al clásico, diciendo: *Amicus Candamo, sed magis*, etc.

Las otras noticias de la carta son no menos interesantes y, desde luego, más sugestivas. Se refieren á la actividad desplegada por nuestra admirable doña Emilia, apenas posesionada de su nuevo cargo.

Es cierto, como decíamos nosotros, que trata de crear una especie de premio Nobel para andar por la docta casa, con su hojita de laurel, para el agraciado, á fin de convertirle en algo propio de un escaparate.

Y hay algo más: doña Emilia, espíritu muy de acuerdo con las necesidades presentes, ha propuesto dos reformas beneficiosísimas.

Primera. Que las sesiones de la Sección de Literatura se celebren por la tarde, á fin de que las noches queden libres para acudir á los teatros, con el correspondiente vale, según costumbre de nuestra conspicua intelectualidad.

Segunda. La implantación de un cuarto necesario ó W. C. para señoras, puesto que ya hay bastantes socias en el Ateneo y acuden también muchas espectadoras á las sesiones interesantes y á las veladas poéticas.

¿Podremos aplaudir con el calor propio de la estación, estas laudables iniciativas de doña Emilia, sin que nadie tome á mala parte nuestro aplauso?

Felicitemos á la docta Corporación por el nombramiento de una persona que sabe preocuparse de todo, y que da un impulso tan grande al triunfo del feminismo, defendiendo las necesidades del bello sexo, por espíritu de cuerpo.



¡El papel vale más!

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS.—*Diario de un testigo, con notas de viajes á Gibraltar, Ceuta, Tánger y el Protocolo oficial.*

Así, nada menos, se titula un libro de 400 y pico de páginas, que nos remite su autor, Javier Betegón, con el alevoso propósito de que lo leamos, para decir después lo que nos parezca.

Un poco perplejos nos hemos quedado al recibir este regalito, y sin saber qué partido tomar para complacer á Betegón; mas como éste nos dice en la dedicatoria, que nos envía el libro para que hagamos lo que nos parezca, en la seguridad de que todo será de su agrado, preferimos darle un bombo sin tomarnos la molestia de cortar sus hojas.

No. No queremos penetrar en este libro que trata de la penetración pacífica en Marruecos, por miedo á que nos disguste. El libro puede ser bueno y puede ser malo. Nosotros no queremos encontrarnos con esta última verdad, pues somos muy amigos del autor y preferimos su amistad á su libro.

Conocemos efectivamente á Betegón desde nuestros verdes años—los suyos siguen siendo verdes todavía,—y por nada del mundo queremos disgustarle ni disgustarnos. Porque aunque él asegure que lo que hagamos y digamos de LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS.—*Diario*, etc., etc., será de su agrado, ¿quién duda que le molestaría, en su fuero interno, nuestro juicio desagradable?

No. No abrimos, ni abriremos nunca LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS.—*Diario*, etc., y lo juzgaremos sospechas, como hace ahora las detenciones la activa policía, que no supo evitar el atentado de la calle Mayor.

Las sospechas, en este caso, son favorables. Betegón es un antiguo periodista que cultiva el reporterismo semi-literario, y que «cuida la noticia», como decía un famoso compañero desaparecido hace años de la Prensa y de la existencia.

Además, confesamos que nos aterra la idea de sumergirnos, con estos abrumantes calores, en un tomo de esa naturaleza.

¡400 y pico de páginas!

¡Eso asusta!

Consignada nuestra protesta, seguimos.

Seguimos diciendo que, á juzgar por las apariencias, LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS.—*Diario*, etc., es un excelente libro, cuya lectura puede y aun debe ser recomendada á toda clase de personas, y particularmente á las encargadas de la recepción de obras literarias en los centros oficiales.

Felicitemos á Betegón por este libro y por los que publicará más adelante si continúa reuniendo, en tomos de 400 y pico de páginas, sus interesantes correspondencias.

Felicitémosle también por las cuchipandas de Algeciras, que hemos envidiado con todo nuestro corazón, á su debido tiempo.

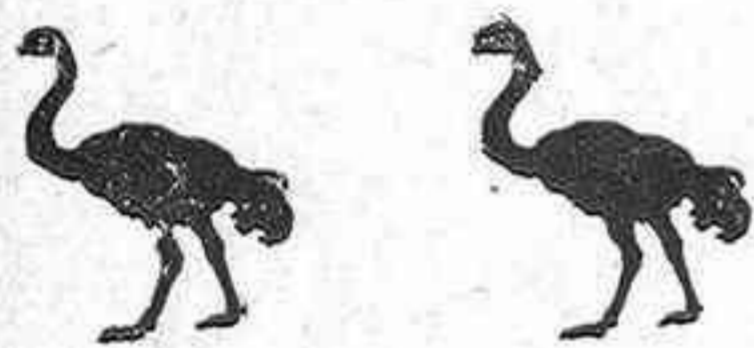
Felicitémosle, en fin, por haber hecho viajes á Gibraltar, Ceuta, Tánger y el Protocolo oficial, viajes que no le envidiamos tanto como las cuchipandas; pero que procuraremos emprender cualquier día que estemos desocupados.

Betegón ha triunfado, ha vencido, en cuanto es dable vencer á una persona humana; porque ya dicen nuestros vecinos los penetrados, y nosotros repetimos:

Ualá galiba ila-a! lab.

U como si dijéramos:

¡Sólo Dios es vencedor!



... y armas al hombro

Pobre D. Segis!

Cuando se disponía á disfrutar tranquilamente de las dulzuras de la luna de miel, se encuentra rodeado de inconvenientes por todas partes.

El más grave es el súbito despertar de Maura reuniendo á sus fieles contra el Gobierno.

¿Qué quedrán?, como decía el otro.

Por lo visto, D. Antonio trata de hacer con los liberales lo que hizo con los Jardines del Buen Retiro.

Derribarlos, para quitarnos el único sitio fresco de Madrid.



Aseguran los mauristas que Moret tiene efectivamente el decreto de disolución; pero que no podrá usar de él en ningún modo.

Ya suponían algunos espíritus fuertes que ese decreto era un papel mojado.

Si es cierta esa seguridad de los mauristas, el famoso decreto que ha hecho verter tanta tinta y gastar tanta saliva, es una nueva y curiosa reproducción de la clásica espada de Bernardo.

Puede, pues, esgrimirlo D. Segis todo lo que guste.

No nos asusta.

Ya sabemos que ni pizcha ni corta.



Mas como esas declaraciones mauritanas, esparcidas con más de la conveniente rapidez, suponen la derrota del Gobierno sin pena ni gloria, algunos ministros están indignadísimos.

Y han declarado que no toleran, que no pueden tolerar semejante situación.

No quieren vivir de limosna.

¡Ay, qué graciosos!

¿Pero estos ministrillos liberales quieren hacernos creer que, políticamente, viven de sus rentas?



Pronto saldremos de dudas.

Pronto sabremos el final de esta especie de charada, que hace tanto tiempo venimos publicando, en espera de la correspondiente solución...

¿Cuándo?

¡En el Consejo próximo!

Ahora, que no sabemos la fecha en que se celebrará ese Consejo.

Porque hace meses y meses que esperamos todos el Consejo próximo, y el Consejo próximo no llega nunca.

¡Todos los Consejos que se celebran son, ¡ay!, demasiado lejanos



Lamentable fatalidad!

¿Por qué le ocurrirán á D. Segis estas cosas tan tristes?

¿Quién lo sabe!... Mas lo cierto es que le ocurren.

El símbolo de su política nos lo ofreció el otro día inconscientemente el novísimo ministro de Instrucción pública.

¿No conocen ustedes el caso?

Es graciosísimo.

Asistió el Sr. San Martín al banquete de Querol, y á los postres soltó un brindis rápidamente, porque tenía mucha prisa.

Recordando que días antes se le había festejado á él en el mismo sitio donde se festejaba á un artista, brindó por la ciencia y por el arte, y se marchó corriendo.

Poco después llegaba el lacayo conduciendo una carta del propio San Martín, donde éste decía que con la precipitación se había olvidado de lo principal... ¡de brindar por Querol!

¿Verdad que tiene gracia?

Pues esto es lo que le pasa siempre á Moret.

¡Que se oivida de lo principal!



El nombramiento del ex ministro Sr. Cobián para el Gobierno civil de Barcelona, ha sido objeto de calurosos comentarios.

Como es la primera vez que un ex ministro desempeña un Gobierno de provincia, los apologistas declaran que se ha elevado la clase de gobernadores.

Es posible; pero ¿puede decirse lo propio de la clase de ex ministros?



Por su parte, el Gobierno ha rebozado convenientemente el cargo, concediendo al nuevo gobernador de Barcelona facultades extraordinarias.

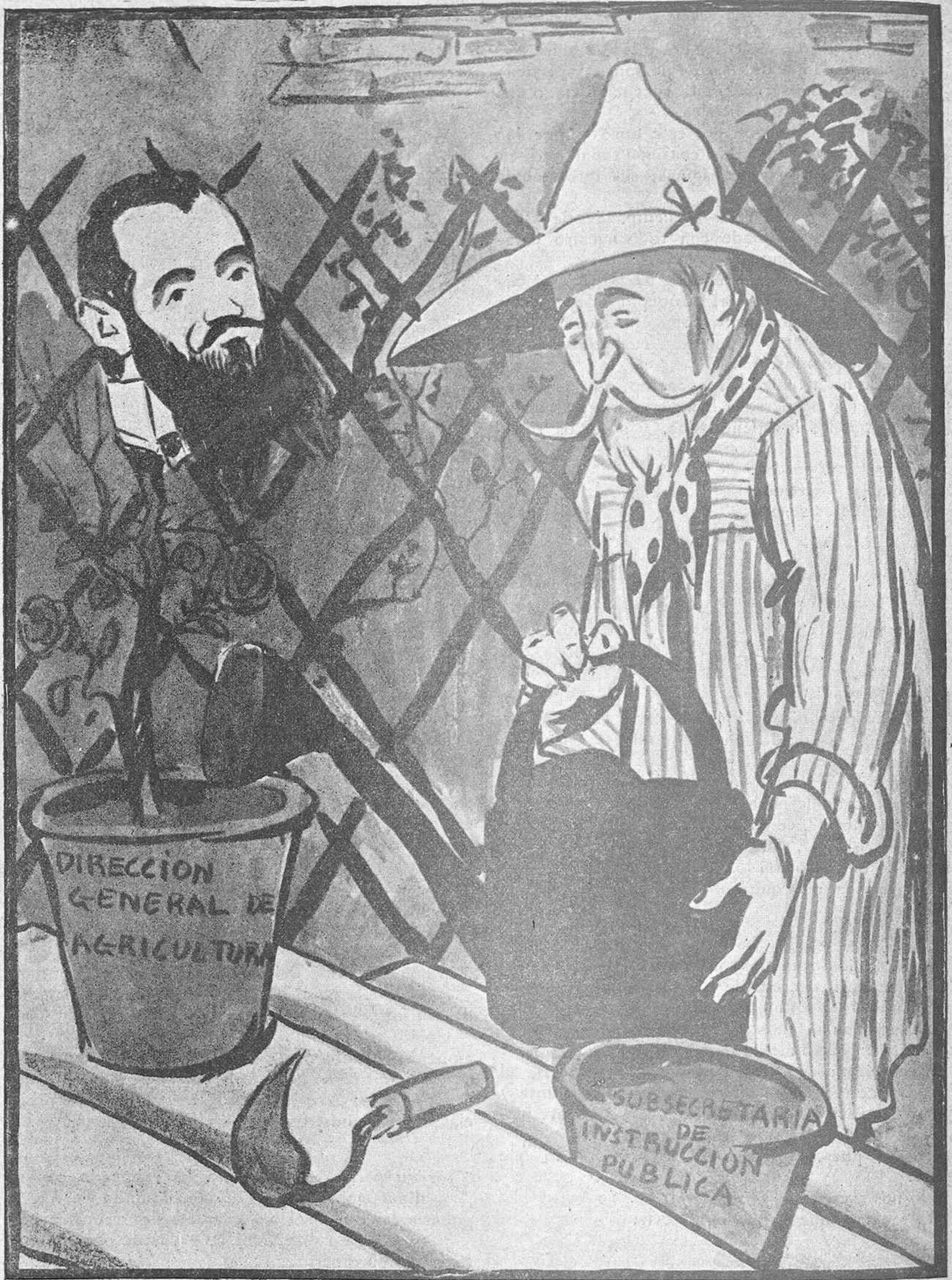
¡Es mucho hombre Cobián, y ya, de por sí, bastante extraordinario!

Ahí están sus declaraciones.

¿A qué dirán ustedes que va á Barcelona el antiguo ministro de marinos en tierra?

Pues va... ¡á hacer patria!

En estas circunstancias, ¿no es esta declaración verdaderamente extraordinaria?



FLORICULTURA POLÍTICA

—¿QUÉ HACE USTED AHI, D. SEGIS, TAN ATAREADO?
D. SEGIS. PUES TRASPLANTANDO ESTOS MARTINEZ ROSALES DE VEGA ARMIJO, A VER SI ARRAIGAN DEFINITIVAMENTE.